

# Voces y protagonismo de las viajeras medievales

## Voices and protagonism of medieval traveling women

**Sofía M. Carrizo Rueda**

Pontificia Universidad Católica Argentina, Argentina  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, Argentina  
smcarrizorueda@gmail.com

Recibido: 23/05/2021 Aceptado: 03/06/2021

**Resumen:** La historia de la recepción durante la Edad Media e, incluso, en los tres siglos siguientes, del relato de la peregrina Egeria, conocido como *Itinerarium ad Loca Santa*, demuestra que su autora fue considerada una verdadera *auctoritas*. Las referencias se integran en un nutrido *corpus* de textos de muy diferentes géneros que, desde la antigüedad tardía hasta el otoño de la Edad Media, registran los viajes de mujeres reales o de ficción, de todos los estamentos y de distintos países. En el presente trabajo, se revisa una muestra de estos testimonios sobre diversos tipos de viajeras así como de algunos aspectos que ayuden a comprender circunstancias propias del contexto existencial de cada una. Se considera necesario no descuidar estas incursiones en el pasado porque el siglo XIX, con los valores y disvalores de su sociedad burguesa, el puritanismo victoriano y conductas como el seudónimo masculino que ocultaba a las escritoras, puede interpretarse, erróneamente, como culminación de un pasado más o menos uniforme que se extendió por muchos siglos, con rasgos dominantes de este tenor. Pero tal postura olvidaría que todo proceso histórico está hecho de avances y retrocesos, como bien lo ejemplifica nuestra temática.

**Palabras clave:** Egeria como *auctoritas* - Viajeras de todos los estamentos - Mujeres en el “renacimiento” del siglo XII - Madres viajeras - Mujeres y “disvalores” en el siglo XIX.

**Abstract:** The history of the reception during the Middle Ages and even, in the following three centuries, of the story of the pilgrim Egeria, known as *Itinerarium ad Loca Santa*, shows that its author was considered a true *auctoritas*. The references are integrated into a large *corpus* of texts of very different genres that, from late antiquity to the autumn of the Middle Ages, record the travels of real or fictional women, from all conditions and from different countries. In this work, a sample of these testimonies about different types of travelers is reviewed, as well as some aspects that help to understand circumstances of the existential context of each one.

It is considered necessary not to neglect these forays into the past because the nineteenth century, with the values and devalues of its bourgeois society, Victorian puritanism and behaviors such as the male pseudonym that concealed female writers, can be mistakenly interpreted as the culmination of a past more or less uniform that spanned many centuries, with dominant features of this tenor. But such a position would forget that every historical process is made up of advances and setbacks, as well exemplified by our theme.

**Keywords:** Egeria as aucto[r]itas - Women Travelers of all conditions of life - Women in the "renaissance" of the twelfth century - Traveling Mothers - Women and "dis-values" in the 19<sup>th</sup> Century.

## 1. Una voz más que milenaria

En 1903, la publicación de un estudio de Marius Ferotín sobre un manuscrito del siglo XI, descubierto dos décadas antes, en una biblioteca de Arezzo, incorporó un nuevo nombre a la lista de los viajeros célebres y sus memorias. Pero fue, además, un suceso que marcó un antes y un después en los conocimientos acerca de este *corpus* de textos. Se trataba del relato de un peregrinaje a Tierra Santa de fines del siglo IV o principios del V, cuando pocos comenzaban a atreverse a tal viaje; no se contaba con otro testimonio de esa época como éste, sumamente detallado y de alguien que a través de la primera persona transmitía una experiencia propia; y lo más extraordinario del caso, había sido escrito por una mujer.

El códice en latín vulgar presenta dos lagunas y carece de algunos folios correspondientes al principio y al final. Como consecuencia de estas mutilaciones y de las grandes dificultades que presenta su lectura, han quedado abiertos una serie de interrogantes. En primer lugar, al no existir certezas en lo tocante a un encabezamiento del manuscrito, los primeros editores lo llamaron *Peregrinatio*, pero la denominación que luego se ha preferido, en base a estudios paleográficos, es *Itinerarium*. (Arce 1996: 41) Respecto a su autora, el nombre es mencionado en testimonios posteriores al viaje bajo las formas de Aetheria, Echeria, Etheria, Heteria, Eiheria o Egeria. Es esta última la que ha prevalecido porque según declara H. Chirat, *Es [...] la mejor atestiguada, la que mejor explica también las otras grafías y la que la crítica textual obliga a preferir*. (Arce 1996: 21)

Otra cuestión importante es la referente al origen de la autora. Varios autores sostienen que era de Galicia; sin embargo, no faltan quienes, como K. Meister, defienden su procedencia de la Galia. (Arce 1996: 23-26) Ante éste y otros asuntos que han dado lugar a diferentes posturas, Enrico Menestó prefiere no tomar partido

por ninguna y presentarlas resumidas del siguiente modo: se trata de una epístola o conjunto de epístolas, que una virgen consagrada o una dama de alta alcurnia, que provenía de Galicia o de la Galia, envió entre 381 y 384 o entre 414 y 416, a una comunidad religiosa femenina. (1994: 542-545)

No se ha encontrado ninguna otra copia. Pero para obtener una serie de noticias acerca de la autora y su itinerario ha resultado fundamental una larga epístola redactada por San Valerio en la segunda mitad del siglo VII. Valerio, quien llevó una vida eremítica y monástica que le granjeó un enorme respeto por sus virtudes y sus escritos, dirigió a los monjes de la abadía benedictina del Bierzo, León, la *Epistolae de Beatissimae Egeriae laude*. En ella, manifiesta una profunda admiración por la peregrina y, además, no solo incluye un resumen del itinerario que coincide con el que se describe en el códice de Arezzo sino que utiliza una serie de elementos léxicos y giros estilísticos presentes en dicho códice. Estas coincidencias separadas por 400 años han proporcionado elementos a los estudiosos para deducir un significativo grado de fidelidad que tanto la copia del siglo XI como otras anteriores guardaron respecto a una tradición textual que comenzó a desarrollarse en circunstancias cercanas al original del que ha sido denominado como *Itinerarium ad Loca Santa*.

Veamos en dos fragmentos de la epístola de Valerio en qué términos alaba a Egeria:

Ruégoos, hermanos, santos y queridos de Dios, que meditéis con ánimo atento qué ejercicio de variadas obras es necesario para llegar al reino de los Cielos. Cuando consideramos los hechos y virtudes de varones fortísimos y santos, hallamos más digna de admiración la constantísima práctica de la virtud en la debilidad de una mujer, cual lo refiere la notabilísima historia de la bienaventurada Egeria, más fuerte que todos los hombres del siglo.

[...] a quien no cansaron los viajes por todo el mundo, ni detuvieron los procelosos mares y ríos caudalosos, ni amilanaron la inmensa altura y horrible fragosidad de los montes, ni amedrentó la ferocísima crueldad de gentes impías. (Arce 1996: 9 y 15)<sup>1</sup>

Los testimonios sobre la circulación del *Itinerarium* de Egeria se reiteran a lo largo de varios siglos y en diferentes lugares. Se han hallado nueve hojas que pertenecían a un manuscrito toledano del siglo IX, con notas donde se leen palabras y frases enteras que se encuentran en el manuscrito descubierto en Arezzo y, por añadidura, en el mismo orden que aparecen en éste. (Arce 1996: 37) En la centuria siguiente, en 938, el relato de Egeria figura entre los libros que el obispo Rosendo dona al monasterio gallego de Celanova (Orense), fundado por él y su madre,

---

1 Véase una versión completa y bilingüe de la epístola de Valerio, en latín y castellano. (ARCE, 1996: 9-17)

Ilduara, una de las más notables mujeres de la época. (Pallares 2006: I, 429) Y así llegamos al siglo XI, al monasterio benedictino de Monte Casino, donde se realizó la única copia que conocemos y, además, Pedro Diácono, el bibliotecario, incluyó varios fragmentos, casi literalmente, en su propio *Itinerarium de locis sanctis*, de 1070. (Arce 1996: 35) Es un claro testimonio del ascendiente que conservaba el relato de Egeria, dado que en la Edad Media no solo no existía nada parecido a la propiedad intelectual sino que, por el contrario, el texto de una *auctoritas* debía ser copiado para contribuir a la conservación y difusión de esos conocimientos. Francia se suma a estos datos de España e Italia porque el *Itinerarium* está registrado en tres catálogos, del siglo XIII, de la biblioteca de Saint-Martial de Limoges. (Arce 1996: 42)

Más allá de la Edad Media, continúan apareciendo referencias al texto de Egeria. Por ejemplo, es incluido por Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Vetus* (siglo XVII) y ya figura en un registro de la ciudad de Arezzo, el del monasterio de las santas Flora y Lucila, en 1788. (Arce 1996: 19 y 35) Pero un hecho histórico iba a hacer que sus huellas se perdieran a principios del siglo XIX. Ocurrió que tras invadir Arezzo, Napoleón clausuró este monasterio en 1810, expulsó a los monjes y dispersó la biblioteca. (Arce 1996: 35) Providencialmente, Gian Francesco Gamurini encontró en 1884, en la biblioteca de la *Confraternità dei Laici* de dicha ciudad, este único códice conservado. Se cerró, así, el círculo de la primera y extensa etapa de su transmisión y comenzó la historia moderna de las ediciones y las numerosas investigaciones sobre sus más diversos aspectos.

En esta ocasión, lo que me ha interesado es rastrear los datos de la presencia y la recepción de la obra a lo largo, por lo menos, de once siglos -desde la Epístola de San Valerio en el siglo VII hasta el registro aretino del XVIII- porque pueden utilizarse como ilustración de dos conceptos de Jacques Le Goff que se relacionan, estrechamente, con las temáticas que nos convocan. El primero de ellos es el que desarrolló con la denominación de “una larga Edad Media” y que definió en estos términos: *Creo en una dilatada Edad Media porque no veo la ruptura en el Renacimiento. [...] habrá que esperar al fin del siglo XVIII para que se produzca la ruptura: la Revolución industrial en Inglaterra y luego la Revolución francesa en el terreno político, social y mental sellan el fin del período medieval.* (Le Goff 2008: 14)

Más adelante insistirá: *El Renacimiento no supone la ruptura absoluta, decisiva, que quiso ser.* (Le Goff 2008: 25) Los hispanohablantes contamos con una perspectiva privilegiada, desde la historia de nuestras literaturas, para entender la postura de Le Goff, Sabemos perfectamente que la lírica renacentista y barroca, la narrativa que traza un arco desde la novela de caballerías al *Quijote*, la comedia áurea con sus epígonos post calderonianos y otras manifestaciones literarias, tanto en España como en América, no podrían ser comprendidas sin bucear en los cruces de continuidad y

transformaciones que, desde el *Poema del Cid* hasta ya entrado el siglo XVIII, constituyeron una red espesa de interrelaciones.<sup>2</sup> Para penetrar en procesos como éstos, Le Goff sostiene: *Hay que tratar de aprehender las estructuras y contenidos del pensamiento de los hombres y mujeres del pasado. Pienso que podemos lograrlo si intentamos una historia de los valores.* (2008: 30)

En el caso del *Itinerarium* de Egeria se comprueba que, a través de trece siglos y en diferentes regiones, fue alabado, conservado, transmitido, leído y citado como *auctoritas*. Sin embargo, tan extensa y fecunda trayectoria estuvo a punto de quedar en el olvido, abruptamente, cuando las medidas de Napoleón demostraron que, inspiradas en la herencia de la revolución francesa, ya no asignaban valor a la cultura desarrollada en los monasterios desde la antigüedad tardía. Incluso, podría decirse que hasta la consideraban un “disvalor”.<sup>3</sup> La paulatina morigeración de esta radicalidad permitió recuperar textos como el *Itinerarium* y devolverlos a su lugar de inapreciables testimonios históricos y humanos.

El otro concepto de Le Goff, más estrechamente relacionado con nuestras temáticas, se refiere al retroceso que afectó a la condición de las mujeres hace alrededor de 200 años y que resume así:

[...] me sorprenden los progresos que realizó la sociedad cristiana de la Edad Media, lo que desde luego, no debe hacernos pensar que logró la igualdad con el hombre; pero veníamos de muy lejos...Y más tarde sería peor: estoy profundamente convencido de que para la condición femenina en Europa no hubo peor época que el siglo XIX. [...] Para la mujer, lo peor ha sido el triunfo y la difusión de los valores burgueses. Ahora bien, casi no había burguesía antes del siglo XIX. (2008: 92-93)

Podemos encontrar testimonios de los conceptos de Le Goff a través de diversos aspectos de la vida de las mujeres durante el siglo XIX. Me interesa, en particular, cuanto se relaciona con el nombre y el acceso a la consideración social. Egeria,

---

2 Me he ocupado de los cruces que se manifiestan en la obra de Fr. Luis de León, respecto a la valoración de los viajes, entre aspectos de la herencia medieval y nuevos conceptos desarrollados durante el Renacimiento. (CARRIZO RUEDA, en prensa)

3 Un ejemplo sudamericano es el olvido en que cayó, a principios del siglo XIX, el archivo del Seminario de San Antonio Abad del Cusco. Durante más de 200 años, había sido un núcleo de extraordinaria irradiación cultural, con estudiantes y clérigos que provenían no solo de Perú sino también de territorios que hoy pertenecen a Bolivia, Argentina y Paraguay. Allí se conservaron más de tres mil folios manuscritos donde abundan óperas, comedias líricas, tonadas escénicas y otras obras allí compuestas o ejecutadas. Pero fue necesario esperar al siglo XXI para que un equipo de investigadores del Instituto de Investigaciones Musicológicas “Carlos Vega” de la Pontificia Universidad Católica Argentina y de la Universidad Católica Sedes Sapientiae de Perú llevaran a cabo una impresionante labor de transcripción, curaduría e interpretación que ha logrado poner estos testimonios de una fecunda producción musical y literaria en Sudamérica a disposición de la comunidad científica. (FERNÁNDEZ CALVO 2010)

Roswitha de Gandersheim - uno de los nombres más importantes de la literatura alemana medieval-, Santa Teresa de Jesús -cuya obra fue editada por Fr. Luis de León-, María de Zayas -la novelista que gozaba de igual fama que su contemporáneo, Cervantes- y Sor Juana Inés de la Cruz -desde su convento muy alejado de la metrópoli- constituyen ejemplos espigados entre distintas coordenadas espacio-temporales, de las numerosas mujeres escritoras que han pasado a la historia con sus propios nombres: el mismo con el que consiguieron granjearse la consideración y la admiración en su época. Sin embargo, en el siglo XIX, nos encontramos con George Sand, George Elliot, Fernán Caballero y muchas otras que sin estos seudónimos no habrían podido publicar sus obras. Y que no solo los conservaron a lo largo de su vida profesional sino que, también, han sido los nombres con los que han ingresado al “canon”.

La negación del nombre implicaba una negación de identidad y demostraba, en consecuencia, que la condición femenina estaba lejos de constituir un valor para los receptores decimonónicos -como sí lo era para San Valerio-. Ello explica que cuando esos receptores eran los autores de monumentales historias de la cultura o de grandes recopilaciones enciclopédicas, los aportes de las mujeres quedaran reducidos a excepciones y tratados, frecuentemente, de un modo escueto. Por eso, los conceptos de Le Goff y el ejemplo que hemos revisado de la recepción de Egeria, nos advierten que no podemos dejar de seguir investigando los testimonios del largo período de catorce siglos que culmina con el XVIII. La gran laguna que hubiera empobrecido la historia de la cultura en múltiples aspectos con aquella pérdida que amenazó al *Itinerarium ad Loca Santa*, refuerza la advertencia. Como una muy acotada contribución a dichos estudios del pasado, visitaremos una galería de viajeras medievales, con algunas muy conocidas, otras que lo son menos y sin que falten las anónimas.

## 2. Una reina, una abadesa, una enigmática cautiva y una juglaresa

Comenzaremos por una reina que pertenece a la primera categoría: Leonor de Aquitania o de Provenza. A la muerte de su padre, con solo catorce años, Leonor heredó el muy rico y extenso ducado de Aquitania. Un año después, el rey de Francia, ante la posibilidad de tener como aliado a tan poderoso feudo, solicitó su mano para el heredero del trono. El monarca falleció poco después de la boda, de manera que los jóvenes fueron coronados, inmediatamente, en 1137. Ella tenía quince años y Luis VII, dieciséis. Cuando en 1146, Luis decidió emprender la segunda cruzada, su mujer resolvió que ella participaría. Se impuso a la resistencia de su marido alegando que como duquesa de Aquitania era la feudataria más grande de Francia y que

tenía los mismos derechos que los otros señores feudales. Se involucró, activamente, en la organización de la expedición y entre la ruta marítima y la terrestre impulsó su opción por esta última. Desgraciadamente, fue un error fatal porque cuando atravesaban los desfiladeros de Anatolia cayeron víctimas de una emboscada de los turcos, quienes diezmaron al ejército francés. A pesar del desastre, el viaje continuó. Peregrinaron a Jerusalén y regresaron por Roma para entrevistarse con el Papa. Pero tras la derrota de los franceses, el matrimonio había quedado roto. Más aún porque, según algunos testimonios, Leonor habría elegido la peligrosa ruta terrestre para visitar en Antioquía a su tío, Raimundo de Poitiers. Y habrían llegado a oídos del rey los rumores de que el amor de ambos excedía el del parentesco.

Un año más tarde, la reina pidió la anulación del matrimonio alegando una lejana consanguinidad y, apenas transcurridas seis semanas, se casó con el heredero del trono inglés. Éste fue coronado, en 1151, como Enrique II Plantagenet, de modo que antes de los treinta años, Leonor fue reina por segunda vez. Comenzó, entonces, una larga vida viajera de la pareja real, que Leonor supo aprovechar muy bien para ir consolidando espacios de poder para ella y su dinastía.<sup>4</sup> La ambición la llevó a enfrentar a sus hijos contra su marido, quien la encarceló.<sup>5</sup> Sin embargo, esa vida tan agitada por el gobierno, la guerra, y sus propias pasiones no le impidió tener preocupaciones culturales. Sabemos que es recordada, particularmente, por su decisiva influencia en la creación y la protección de la escuela de los trovadores provenzales, inspirada en los ideales del “amor cortés”, que dejó una profunda y prolongada huella en la lírica occidental.

A los ochenta años, Leonor vivía retirada en una abadía. Pero no se había retirado de la vida pública porque decidió realizar, una vez más, un viaje en beneficio de sus intereses. Por esta razón, se dirigió a España para llevarse a Francia a su nieta, la infanta Blanca de Castilla, como prometida al heredero del trono francés, el futuro Luis VIII. Hay dos crónicas que relatan el regreso de la poderosa abuela octogenaria y la niña que apenas tenía 12 años, desde la ciudad española de Palencia, con el difícil cruce de los Pirineos, acompañadas por un pequeño ejército de nobles a las órdenes de Leonor y, en los últimos tramos, el arzobispo de Burdeos.<sup>6</sup> Leonor no se equivocó con este matrimonio porque Blanca de Castilla sería otra de las grandes reinas medievales, a quien se recuerda por su habilidad como regente del reino, su sincera piedad religiosa y la dedicación a la formación de su hijo que sería el rey San Luis.

---

4 Queda claro que las preocupaciones políticas y dinásticas fueron una constante que marcó la vida de Leonor. (RODRÍGUEZ LÓPEZ 2006: 549-568)

5 Este episodio es el que ficcionaliza la película *El león en invierno*, donde la pareja real fue encarnada por Catherine Hepburn y Peter O'Toole.

6 El viaje fue relatado por el cronista de la corte inglesa, Roger de Howden (siglo XII), en su *Chronica Magistri*, y por el monje benedictino e historiador, Mateo de París, en su *Chronica Majora* (S. XIII).

Podemos escuchar la voz de Leonor a través del epistolario que envió a los miembros de su familia y a todas las grandes personalidades de la época. En las cartas familiares, se pueden encontrar hasta motivos cotidianos de sus constantes desplazamientos. Por ejemplo, en septiembre de 1291, escribe a uno de sus hijos para explicarle que se ha marchado, repentinamente, de Gillingham, porque a la caída de la tarde hay exceso de humo en el aire y esto lo hace un lugar insostenible. (Wade Labarge 1992: 40)

Entre las personalidades relevantes de la época que fueron sus destinatarias, figura otra gran viajera, pero con una vida y unos intereses completamente diferentes de los de Leonor. Se trata de la monja alemana Hildegarda de Bingen. Fue teóloga, filósofa, poeta mística, pintora, música y dejó una vasta obra en la que desarrolló una serie de investigaciones sobre medicina, farmacopea, herboristería y alimentación. Tenía una visión integral del ser humano y, por ejemplo, recomendaba incorporar la música a los remedios contra la melancolía. Pero su vida no se limitó al estudio y la contemplación. Consiguió que la autorizaran a predicar en lugares públicos y con este propósito realizó un viaje entre 1158 y 1159 por el río Main, otro durante 1160 por el río Mosela hasta la Lorena, y un tercero entre 1170 y 1171 por el Rin. Visitó ciudades como Maguncia, Bamberg, Metz y Colonia. Y a lo largo de cada travesía fue deteniéndose en catedrales, plazas y monasterios para predicar contra la relajación de las costumbres del clero y exhortando a una vuelta a las virtudes evangélicas del amor al prójimo y la humildad. También predicó contra la herejía cátara.

Su fama se propagó muy pronto y comenzaron a afluir verdaderas multitudes para escucharla. El celo por la reforma eclesiástica la llevó a realizar otro viaje entre 1170 y 1171 por la región de Suabia para tratar asuntos relacionados con una reforma de los monasterios. Por su parte, ella misma fundó dos. Uno en Bingen, sobre la orilla izquierda del Rin, y otro en la margen derecha. Por tal razón, navegaba por el río dos veces a la semana, ida y vuelta, invierno y verano, para atender por igual a ambas instituciones. Según parece, además, debía trasladarse con frecuencia a otras localidades porque era reclamada para atender enfermos y partos difíciles.

Hildegarda realizó, también, un viaje a los 80 años. Lo hizo con el propósito de defender ante el arzobispo de Maguncia una medida que había tomado como abadesa de Bingen. Ocurrió que un joven caballero llegó gravemente enfermo al monasterio. Contó que estaba excomulgado y que deseaba reconciliarse con Dios. Se le proporcionó un confesor, recibió la absolución, murió en paz y se le dio sepultura en el campo santo. Pero la noticia llegó a oídos del arzobispo de Maguncia que se indignó. Consideraba que por tratarse de un excomulgado las cosas deberían haberse hecho de modo muy distinto. Penalizó al monasterio con prohibiciones como tocar las campanas y mandó que el cuerpo fuera desenterrado. Decidida Hildegarda a defen-

der su autoridad como abadesa y para evitar la exhumación, no dudó en trasladarse a Maguncia, a pesar de que ya estaba muy debilitada por la edad y la enfermedad. El arzobispo terminó aceptando sus argumentos y hasta le escribió una misiva pidiendo perdón por todas las penas que les había causado a ella y a sus monjas. La abadesa falleció poco después y el pueblo comenzó a llamarla Santa Hildegarda mucho antes de su canonización. Ella también dejó un nutrido epistolario que intercambió con el Papa, el Emperador, autoridades eclesiásticas y otras personalidades de la época, entre las que, como se ha visto, estaba Leonor de Aquitania.<sup>7</sup>

El siglo XII, el de estas dos mujeres, fue llamado por Charles Haskins “el del primer renacimiento”. (Haskins 1968) Los más reconocidos estudios de medievismo han confirmado su teoría –formulada en 1927– acerca de que en esta centuria, sobre la base de un gran impulso económico, se produjo un extraordinario florecimiento cultural que implicó un movimiento de renovación intelectual y social. No puede obviarse que las actividades de Leonor e Hildegarda influyeron en dicho florecimiento. En el caso de la primera, el ejemplo más palmario es el impulso decisivo a aquella escuela de lírica provenzal que continuó dando renovadas derivaciones a lo largo de cinco siglos. En cuanto a la ingente y variada obra de la abadesa de Bingen, ha entrado más tarde en los estudios de la academia, pero una sólida y abundante bibliografía ya ha demostrado su influencia en diversas ramas del saber y en la vida espiritual. Respecto a los viajes, se comprueba que para Leonor, el mundo era un espacio a conquistar mediante sus acciones como cabeza de un ducado y de dos reinos, mientras que para Hildegarda, la tierra se ofrecía como un lugar que podía y debía ser mejorado a través de la salud de las almas y de los cuerpos. Y, además, que constituía un maravilloso libro abierto para estudiar y descifrar la obra de la Creación en beneficio de todos.<sup>8</sup> Por eso, a pesar de cuanto las diferenciaba, ambas coincidieron en comprender que aquel mundo que habitaban, permitía intervenir en su funcionamiento, proporcionaba bienes –ya espirituales, ya materiales– y revelaba secretos a quienes osaban afrontar todos los desafíos que acechaban por sus rutas terrestres o marítimas.

Muchas otras mujeres se deben consignar en la gestación de ese primer renacimiento. Pero hay que tomar en cuenta que la reina y la abadesa son figuras emblemáticas cuyas experiencias viajeras no dejaron de registrar las crónicas. Sin embargo, hay que contar con que la Edad Media se fue construyendo merced a los viajes de todos sus estamentos. Peregrinaciones, guerras, embajadas por Europa y

---

7 Contamos con una nutrida síntesis sobre las actividades y la relevancia de la abadesa de Bingen en diversos campos. (FRABOSCHI 2004)

8 Al respecto, es preciso recordar que Le Goff subraya: *el siglo XII estableció un equilibrio entre Dios y la naturaleza, y así permitió el desarrollo de la ciencia, que será una de las características y fuerzas de occidente.* (2008: 11)

misiones a Oriente, el comercio terrestre y marítimo, las cortes itinerantes y sus actividades sociales como coronaciones, compromisos o bodas, las predicaciones ortodoxas y heterodoxas, los desplazamientos de estudiantes entre los centros de saber, los gremios de constructores y hasta el complejo fenómeno de la mendicidad, ponían en movimiento a gran parte de la población. Dentro de ella, no faltaba un significativo número de mujeres de diferentes condiciones.

Nos detendremos en una que pasó buena parte de su vida en los caminos dada su profesión. Se trata de una “soldadera”, es decir, una juglaresa de las que recibían un pago, una “soldada” por sus actuaciones. Se la conoce como María Balteira o María Pérez Balteira o María *a Balteira*. Era gallega y, por los pocos datos que tenemos, se sabe que estuvo entre los grupos de juglares que se desplazaban con los ejércitos de Alfonso X. Reyes y grandes señores llevaban consigo durante las campañas militares o en otros tipos de viajes, una compañía juglaresca que actuaba en momentos de solaz o, también, para animar a los guerreros antes de los combates. De las muy escasas noticias sobre la vida de María, Menéndez Pidal deduce que estuvo con el ejército, en 1266, en la frontera con el reino moro de Murcia. (1962: 123) Pero, como todo lo relativo a ella, proviene del terreno de las conjeturas pues la mayoría de los datos conservados pertenecen a una quincena de *cantigas de escarnho*, compuestas por trovadores gallego-portugueses de la corte de Alfonso el Sabio y por el mismo rey. Como es propio del género, heredero del *sirventés* provenzal, el perfil que trazan de María resulta escandaloso. Sus amoríos -entre los que no falta un caudillo moro-, una piedad afectada -incluso en el peregrinaje a Tierra Santa-, su debilidad por el juego de dados, las trampas que hacía en éste para desplumar a los incautos y el lenguaje procaz que usaba las pocas veces que perdía, son motivos que campean en las composiciones.

Han surgido diferentes interpretaciones sobre el propósito de estas cantigas. Desde una perspectiva bachtiniana, se las ha considerado “realistas” y reivindicadoras del cuerpo como oposición a las idealizaciones y la espiritualidad de las cantigas dedicadas a la dama o a la Virgen. Pero están muy lejos tanto de plantear esta antítesis como de un presunto “realismo” porque hay que recordar que, fundamentalmente, constituían un juego de lucimiento retórico, en el que había que demostrar el ingenio en el uso de las hipérbolas, el doble sentido, el motivo del mundo al revés y otros recursos que sirvieran para construir imágenes excesivas y satíricas de defectos, vicios y pecados.<sup>9</sup>

Asimismo, se las ha tachado de reacción misógina contra María. Pero se pue-

---

9 Me he ocupado de las dificultades que surgieron como consecuencia del puritanismo burgués para comprender el tratamiento del cuerpo en este género de cantigas y en otras obras medievales. (CARRIZO RUEDA 1989)

de comprobar en el abundante corpus del género, que lo más frecuente era que los trovadores se dirigieran entre ellos, cantigas de una obscenidad mucho más agresiva que la de las composiciones dedicadas a la soldadera. En éstas, hasta aparece alguna “gentileza”, como cuando el trovador Pero García le advierte que sus maldiciones y palabras soeces en el juego malogran muchas buenas prendas que tiene.<sup>10</sup> Enancada en la presunta misoginia, se ha desarrollado, actualmente, una corriente de reivindicación de la juglaresa que la muestra como una mujer independiente que rechazó el matrimonio y el convento para vivir con libertad de su arte. En primer lugar, semejante mentalidad individualista es impensable en el siglo XIII. Y, por añadidura, el oficio de juglar era tan poco apreciado socialmente que la denominación cayó en desuso y se reemplazó por la de “ministril”. (Menéndez Pidal 1962: 22) Quienes se dedicaban a ello, hombres o mujeres, lo hacían como medio de subsistencia pero no por una vocación “romántica” que solo se desarrollaría con la sociedad burguesa e industrial. De todos modos, lo que hay que tener en cuenta es que las cantigas no la presentan como prostituta. Más bien, parece que optan, dentro de los códigos del género, por las referencias al pecado de la lujuria que la hace cambiar de amantes.<sup>11</sup> Considero que es en este sentido que están empleadas las imágenes eróticas referidas a servicios sexuales, que Simone Marcenaro califica como *verdadero Leitmotiv del ciclo*. (2010:1275-1276) Pero aparecen quejas, asimismo, de que promete “favores” que no cumple y, en una ocasión, de que después de poner muchas dificultades, los vendió carísimos y quedaron en nada.<sup>12</sup> Puede concluirse que los motivos que recorren el conjunto reiteran que lo suyo era sacar provecho tanto de engaños –a sus amantes y en el juego– como de su poder de seducción –el cual es reconocido por trovadores que dicen estar locos por ella<sup>13</sup> y por uno que al preguntar novedades de la frontera, no se refería a la campaña militar sino a María.<sup>14</sup> Por lo tanto, a través de las cantigas, no hay lugar ni para la exaltación de una personalidad “anticonvencional” ni para una identificación de su oficio de juglaresa con prostitución, la cual sí hubiera sido manifestada de un modo claramente despreciativo en el siglo XIII.<sup>15</sup>

10 Cantiga B 1374; V982, de Pero García Burgalés. (ALVAR 1985: 23)

11 Para una mentalidad medieval, los peores pecados eran los del espíritu mientras que los de la carne se relacionaban con la flaqueza de las pasiones y eran, en definitiva, más “perdonables”. Por ejemplo, en los *Milagros de Berceo*, “El sacristán impúdico”, “El romero de Santiago” y “La abadesa encinta”, la Virgen perdona y brinda su protección a quienes han incurrido en estos yerros, llegando a resucitar a los que han muerto en pecado mortal para que puedan arrepentirse. (CARRIZO RUEDA 1989: 31)

12 Cantiga B 1513, de Pero Mafaldo. (ALVAR 1985: 29)

13 Por ejemplo, en la Cantiga B 1597; V1129, Pero d’Ambroa declara estar “sandio” por María. (ALVAR 1985: 32)

14 Cantiga V 1203, de Pero Amigo. (ALVAR 1985: 38)

15 Hay cantigas que califican, por ejemplo, de “ruin mujerzuela” a la que acompaña a Bernaldo de Bonaval o “astrosas ramerás” a las que buscaba Eánez do Cotón. (MENÉNDEZ PIDAL, 1962: 19) En el comercio con el propio cuerpo no entraba la debilidad de la pasión como en la lujuria y era condenado como el comercio con otras entidades que se consideraban dones sagrados. Por ejemplo, “comerciar con el tiempo” era la señal infamante que pesaba sobre los prestamistas. (LE GOFF 1983: 45-46)

Volveremos sobre este tema más adelante al hablar del *Libro de Apolonio*.

Varias leyendas sobre María Balteira no han cesado de circular<sup>16</sup> y, al respecto, es esclarecedor el estudio realizado por Carlos Alvar. Su acercamiento a la figura de la juglaresa, despojándola de las interpretaciones anacrónicas o imposibles de documentar, resulta modélico para el que reclaman todas las investigaciones sobre temáticas alejadas en el tiempo. (Alvar 1985) Al aplicarlo al caso de María Balteira, lo que queda para nuestros intereses son los testimonios oblicuos sobre una presencia activa de las mujeres en muchos de los grupos que viajaban por todos los territorios y con muy distintos fines. Presencia en la que considero que, todavía, no se ha reparado lo suficiente,

Pero tanto los grupos de vecinos que emprendían una peregrinación como las grandes comitivas reales atravesaban, irremediablemente, por todos los peligros que evoca la epístola de San Valerio. Un “dezir” de Francisco Imperial que recoge el *Cancionero de Baena*, descubre un poco el velo, junto con la *Embajada a Tamorlán*, sobre el calvario de una mujer víctima de guerras y tratos diplomáticos que la arrastraron cautiva por gran parte del mundo. Se la conoce como Angelina de Grecia y sobre su vida hay muchas dudas y conjeturas revisadas por Ma. Rosa Lida en un documentado estudio. (Lida de Malkiel 1977) Lo que se sabe es que pertenecía a la más alta nobleza húngara, que estaba en Constantinopla cuando los cristianos fueron derrotados por los turcos y cayó prisionera del sultán Bayaceto (1396), que al ser éste vencido en la batalla de Ankara por el ejército mongol, fue apresada y llevada al emperador, Tamorlán (1402), y que cuando éste mandó un embajador a Enrique III de Castilla, *con un presente de joyas y mujeres, según su costumbre* (López Estrada 1943: 4), entre ellas se encontraba Angelina (1403).

Estos hechos, que pertenecen a los pocos que se han podido comprobar, nos interesan como testimonios de que los peligros que amenazaban a todos los viajeros llegaban hasta a torcer un destino. Fue el caso de esta mujer que nació en un reino cristiano de Europa central, fue apresada en Bizancio por el poderoso enemigo islámico, estuvo en su poder seis años hasta que, por otra guerra, pasó a quedar cautiva en el más exótico y legendario imperio de la Edad Media y que, finalmente, fue devuelta a la Europa cristiana, pero no a su tierra de origen sino a la que se encontraba más alejada, en el extremo occidental. Religiones, lenguas, costumbres y numerosas regiones se fueron sucediendo en las peripecias a las que se vio empujada Angelina hasta su afincamiento en tierras castellanas. Hay noticias -no confirmadas por Lida- de que se casó con un noble español y que fue sepultada en San Juan de

---

16 Algunas de ellas se han difundido a raíz de que el Ayuntamiento de Lugo ha denominado “María Balteira” a un centro social y cultural. Hay, también, una calle con su nombre.

Segovia, con su escudo de armas.<sup>17</sup>

El “dezir” de Imperial comienza con versos que describen una serena y delicada belleza, *Grant sosiego e mansedumbre/ ferosura e dulce aire* (Dutton 1993: 292) y se supone que lo compuso cuando la vio llegar como “un presente” para el monarca. Menciona su estatura “extraña” –posiblemente, más alta que la media española– y alaba el noble porte de Angelina, del cual deduce:

[...] deve, sin dubda, seer  
muger de alta naçión  
puesta en grant tribulaçión  
despuesta de grant poder.

Parece conmovido por la tristeza de su semblante e imagina que la joven impreca a su suerte:

¡Oh, Ventura muy esquiva  
¡Ay de mí! ¿Por qué nascí?  
Dime: ¿qué te merescí?  
¿Por qué me fazes que sirva?

En la estrofa final, algunos elementos léxicos y una clara expresión de melancolía por la tierra griega se presentan, sumados al nombre con que se la conoce, como señales de una relación con Grecia sobre la que solo hay conjeturas. Sin embargo, más allá de los enigmas que rodean a la figura histórica de Angelina, considero que los versos de este poeta de cancionero cortesano, al incluir la dolorosa imprecación a la “Ventura” y un melancólico lamento por la pérdida de la *Dulce tierra que tanto amo*, aportan una “verdad poética” que asume con sensibilidad, las voces de tantas víctimas del desarraigo, la servidumbre y el nomadismo a los que fueron condenadas por sus cautiverios, a lo largo de la historia.

17 Estos datos pertenecen al “Discurso” que Gonzalo Argote de Molina antepuso a su edición de la *Embajada a Tamorlán* (Sevilla, 1582), véase López Estrada, 1943, 255 *et passim*.

### 3. Viajeras anónimas y viajeras de la ficción

Visitaremos, ahora, en nuestra galería, el sector dedicado a las viajeras anónimas. Suelen provenir de textos literarios y uno de ellos les otorga particular protagonismo. Se trata de los *Cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer, quien entre los peregrinos que se dirigen a la tumba de Santo Tomás Becket y que pueden denominarse un grupo prototípico, incluye distintas mujeres. Hay dos retratos que no pueden presentar más diferencias entre sí. Uno es el de la piadosa priora que, por su exquisita educación, canta maravillosamente, habla francés y hasta sabe todo lo relativo al comportamiento en la mesa. Además, es tan compasiva e inocente que llora cuando un ratón cae en una trampa. (Chaucer 1963: 22-23) El otro es el de la comadre de Bath, parlanchina y desenfadada, que relata a sus compañeros, con lenguaje vulgar y explícito, las intimidades de sus cinco matrimonios -el último, con un estudiante de veinte años cuando ella ya había cumplido cuarenta- y que declara que se halla consagrada a Venus, lamentando que esto sea pecado. (Chaucer 1963: 276-298)

Las dos están entre aquellas que emprendían largos viajes a los centros más importantes de peregrinaje. Pero, también, pueden encontrarse algunos bocetos de peregrinas en textos sobre romerías a santuarios locales, que no implicaban grandes desplazamientos y que estaban relacionadas tanto con la devoción como con la socialización. Lo recuerda una “cantiga de amigo” de Johan Servando (segunda mitad del siglo XIII), recogida en el *Cancionero Vaticano*, en la que una joven se queja de que su madre no la deja partir con las mujeres que irán como romeras a San Servando.

A San Servando van muchas

dueñas hoy en romería,

pero no quiso mi madre

que yo fuera en este día,

¡porque va allí mi amigo!

La compañía de dueñas

que allá va no tiene par

yo bien me iría con ellas,

más no me quieren dejar

¡porque va allí mi amigo! (Nº 32; Bernárdez 1952: 102-103)

En este caso, resulta significativa la referencia a la gran “compañía de dueñas” que asistiría a la que, posiblemente, sería una celebración patronal. Creo que, desde el punto de vista del folklore y las tradiciones populares, resultará fructífero para nuestra temática viajera, investigar las características y los móviles de aquellas romerías a santuarios locales que convocaron -y aún convocan-, particularmente, a las mujeres, desde épocas inmemoriales.

Encontramos otra peregrina anónima en el número XIX de los *Milagros de Nuestra Señora de Gonzalo de Berceo*, “Un parto maravilloso”. Comienza con el peligro de muerte en el que se encontró una embarazada que había ido con varios romeros al monte Saint Michel, uno de los grandes centros de peregrinaje. Por su estado, no alcanzó a huir con los demás al producirse la habitual crecida de la marea y quedó cercada por las aguas. Pero cuando todos ya lamentaban su muerte, apareció con su hijo en brazos porque la Virgen no solo salvó su vida sino que la hizo dar a luz sin el menor dolor. (García Turza 1992) En este caso, no hay que olvidar que aunque nosotros lo consideremos “literatura”, en el siglo XIII, su fuente latina pertenecía a la tratadística sobre la Virgen María frecuentada en las escuelas. Es decir, que era un texto de la cultura escrita, con todo lo que esto implicaba respecto a enseñanza y ejemplaridad. Subrayo este aspecto porque en la Edad Media, los viajes debían estar suficientemente justificados por motivos que redundaran en beneficios para toda la comunidad. (Carrizo Rueda 1997: 60-79) Los peregrinajes lo estaban por la fuerza que se otorgaba a la oración colectiva. Pero en el caso de este milagro, a mi juicio, hay que reparar en algo más por tratarse de una embarazada. Detengámonos antes en otra madre que, también, aparece en una obra de Berceo. Se trata de un episodio de la *Vida de San Millán* que relata el penoso caminar de una mujer, su marido y varios de sus allegados -entre quienes no faltarían mujeres- para llevar a su hijita, gravemente enferma, al sepulcro de San Millán, con la esperanza de que éste le devuelva la salud. La niña muere en el camino, pero aún así, deciden continuar el viaje para velarla junto al altar del santo, por cuya intercesión, la pequeña resucita. (Dutton 1992: 213-217) Que la fuente berceana pertenezca, igual que la anterior, al ámbito erudito de la cultura escrita latina, puede interpretarse como señal de que existía, tácitamente, una aprobación particular para desplazamientos como los de estas mujeres pues, merced a ellos, recibieron muestras excepcionales del favor divino. Mi conclusión es que la justificación de las peregrinaciones por la devoción religiosa, en el caso de las mujeres, se incrementaba cuando se sumaba el móvil de la protección de los hijos y la familia.

Considero que se trata de un tema en el que es necesario detenerse porque renovadas corrientes de investigación rechazan una dicotomía radical entre la familia afectiva moderna y una supuesta falta de vínculos a través de los sentimien-

tos, tanto en el matrimonio como en la relación con los hijos, dentro de la familia medieval. Al respecto, afirma el historiador Jack Goody: *La idea de que hubo cambios psicosociológicos espectaculares [en el siglo XVI] [...] no hace justicia al curso de los acontecimientos, conduce a negar rasgos que permanecieron y a subrayar excesivamente la singularidad de cada período.* (2001: 73-74)

Consecuentemente, niega que la noción de “infancia” no haya existido antes del siglo XVI. He podido comprobar el aporte decisivo que significa el cambio de paradigma representado por la postura de Goody, en mis análisis del interés por la vida familiar y el cariñoso cuidado de los niños que testimonian varias obras de Berceo, en consonancia con preocupaciones de su contexto histórico y cultural. Un aspecto significativo es que los cuidados paternos en los textos y las preocupaciones del contexto coinciden en el lugar relevante asignado a la educación. (Carrizo Rueda 2009)

El amor de las madres por los hijos es destacado con frecuencia por Berceo y recurre a gestos propios de éstas para representar la solicitud de la Virgen María con todos y cada uno de los hombres. (Carrizo Rueda 2009:133-134) Al mismo tiempo, su amor por Jesús se constituye en modelo de desvelos maternos y, respecto al tema de los viajes, no es difícil establecer un paralelo entre las madres de las historias piadosas que encontraban en los caminos la ayuda divina y María como una viajera que supo y pudo proteger la vida de su Hijo durante la huida a Egipto. Todas las expresiones de las artes plásticas incluyeron imágenes siglo tras siglo, algunas inspiradas por los evangelios apócrifos, y había tradiciones populares que veneraban sitios del camino como, por ejemplo, una higuera que cuenta haber visto Taffur, con un hueco que se había abierto para proteger a los fugitivos. (Pérez Priego 2018: 147) Estrechamente relacionado con este tema de los viajes de las madres se encuentra el de los viajes de los niños, del cual me he ocupado en otra oportunidad (Carrizo Rueda 2011)

En textos del mester de clerecía se pueden encontrar personajes de viajeras que, si bien pertenecen a la ficción, son presentadas de modo tal que parecen permitir acercamientos a su realidad contemporánea. Un ejemplo es el de la joven Tarsiana en el *Libro de Apolonio* (Siglo XIII), que para nosotros reviste particular interés porque veremos entretenerse en la trama algunos hilos que recorren otros temas ya revisados. En primer lugar, nos reencontramos con el de la cautiva porque, en la línea de las novelas de aventuras griegas y bizantinas, sus peripecias la llevan a ser raptada y vendida a un prostíbulo. La actividad a la que recurre para librarse de ese destino nos resulta, asimismo, conocida ya que es hacerse juglaresa. Los versos nos describen su primera actuación:

Luego el otro día, de buena madrugada  
 Levantose la duenna ricamientre adobada  
 Priso una viola buena e bien temprada  
 E salió al mercado a violar por soldada

Començó unos viesos e unos sones tales  
 Que tra'yen grant dulçor, e eran naturales  
 Finchíesen de omnes apriesa los portales  
 Non cabíen en la plaça, subíense a los poyales. (Estr. 427-430; Alvar 1991)

Terminada la sesión musical, Tarsiana recita un romance *bien rimado* que ha compuesto ella misma, lo cual aumenta la admiración que despierta en el pueblo. En este punto, como anunciábamos, volvemos a María Balteira. Si bien son fundamentales las diferencias con la virginal Tarsiana, hay que reparar en varios aspectos. El primero es que, como decíamos, la elección del oficio de juglaresa no surge de una “vocación artística”, sino como un medio de supervivencia. En este caso, es para librarse de la prostitución y confirma lo que permiten deducir las cantigas dedicadas a la soldadera: en la estructurada pirámide de la sociedad del medioevo, para una mujer, el oficio de la juglaría, aunque pertenecía a los más bajos, estaba un poco por encima de la prostitución que sí se consideraba pecaminoso en sí mismo. Y esto, el anónimo autor del *Apolonio* lo pone en la voz de la propia Tarsiana, cuando le ruega al dueño del prostíbulo que no la entregue a sus clientes porque ella podrá traer dinero por otros medios:

Senyor si lo oviese de ti condonado  
 Otro mester sabía ques mas sin pecado  
 Que es mas ganançioso, e es mas ondrado. (Vv 422 b-d; Alvar 1991)

Los dos últimos versos parecen relacionados con una corriente del siglo XIII que en España, Provenza e Inglaterra trató de limitar la voz “juglar” para designar a músicos y cantantes que no llevaran una vida pecaminosa, que supieran ejecutar gestas heroicas, vidas de santos y otras composiciones honestas y cuya maestría en el arte los hiciera dignos de presentarse ante una corte. (Menéndez Pidal 1962: 21)

¿Acaso, dentro de esta corriente, el autor del *Apolonio* quiso dejar una enseñanza respecto a que las conductas condenables no estaban relacionadas con el oficio de juglaresa sino con el libre albedrío de cada una? El hecho es que Tarsiana conservará así su castidad y por sus condiciones artísticas será llevada ante el rey Apolonio, ocasión para que se produzca la anagnórisis y se revele que es su hija. Dos aspectos más unen con un hilo sutil la figura de Tarsiana con temas ya vistos. En primer lugar, con el de la educación de los niños porque su arte exquisito proviene de que fue enviada a la escuela por quienes la criaron, donde pronto se destacó en gramática y música, además de demostrar un gran interés por “aprender”. (Estr. 350-353; Alvar 1991) El segundo aspecto es que sus peripecias comienzan a los doce años, según el epitafio de su falso sepulcro (estr. 446, Alvar 1991), la misma edad que tenía Blanca de Castilla cuando viajó con su abuela. Es otro aspecto a tener en cuenta para establecer relaciones entre los viajes de las mujeres y los de los niños.

Vamos a pasar a otro personaje de ficción pero alegórico. Juan Ruiz, tan inclinado a integrar a las mujeres en su comedia humana del *Libro de Buen Amor*, encarnó en una de ellas una prototípica figura de peregrinante. Se trata de Doña Quaresma que, una vez terminado el período de su reinado con la llegada de la Pascua, decide emprender una peregrinación. Pero el carácter alegórico del personaje queda diluido porque la descripción de su apariencia parece poner ante nuestros ojos a una peregrina real: la capa, el sombrero con un ala muy grande para protegerse tanto del sol como de la lluvia y ornado con las simbólicas conchas de Compostela, zapatones muy amplios de varias suelas superpuestas y la ayuda de un altísimo báculo. Era un equipaje funcional, sin duda, que contemplaba el alimento espiritual con el rosario y el más básico para el cuerpo: una alforja llena de panes y una calabaza con unos dos litros del vino que restablecería fuerzas, quitaría la sed, limpiaría heridas, aliviaría dolencias y mantendría el ánimo para perseverar en un camino cuyos peligros podrían acabar con la vida.<sup>18</sup> Muchísimos marchaban aviados de este modo y a pie. Eran menos los que podían recurrir a sus cabalgaduras, como las mulas para algunos y los caballos para un grupo menor de privilegiados. Pero el personaje de Da. Quaresma representa a las multitudes que pertenecían al pueblo llano, integradas por hombres y mujeres como ésta que tan cuidadosamente describe Juan Ruiz, y cuyo carácter prototípico subraya con la frase *destas cosas romeros andan aparejados*.

Nuestra galería de mujeres viajeras se nutre de textos de muy diferentes gé-

---

18 El Viernes de indulgencias, *vistió nueva esclavina,/grande sombrero redondo, con mucha concha marina,/ bordón lleno de imágenes, en él la palma fina,/ esportilla e cuentas para rezar aína./Los çapatos redondos e bien sobresolados,/echó un gran dobler sobre los sus costados,/gallofas e bodigas lieva y condesados:/d'estas cosas romeros andan aparejados./ Deyuso del sobaco va la mejor alfaja:/calabaça bermeja más que pico de graja;/bien cabe su açunbre e más una meaja;/ non andan los romeros sin aquesta sofraja.* (Estr. 1205-1207; BLECUA 2006)

neros que, a su vez, pertenecen a grandes categorías discursivas tan disímiles como *itineraria*, epístolas, poesía lírica, crónicas, cuentística y el mester de clerecía. Pero faltan en esta panorámica, nada menos, que los relatos de viajes. Y al respecto, resulta iluminador *Andanças e viajes* de Pero Tafur porque este caballero andaluz fue mechando el suyo con datos sobre los muchos y diversos viajeros que encontró en su largo periplo. No faltan, por supuesto, las mujeres. Y seleccionaremos a dos por los comentarios que nos permitirán incorporar cada una de ellas.

La primera de éstas ofrece un nuevo testimonio sobre la preocupación por la familia como móvil para un viaje. Al visitar los baños de Baden, señala Tafur: [...] *é fallé muy mucha gente, así de enfermos como de otras gentes que vienen allí con voto de romería de bien lexos [...] Estava allí una señora que veníe en romería por un su hermano, que estava preso en la Turquía.* (Pérez Priego 2018: 269-270)

Una segunda observación que surge de esta referencia es que aunque ya se menciona desde el siglo XIV, la utilización de las aguas termales para la cura de diversas enfermedades, se les continuaba atribuyendo un antiguo sentido de purificación ritual con fines piadosos. Pero otra característica de aquellos baños que llama la atención de Tafur, desarma ciertos estereotipos sobre la Edad Media, pues señala: *E allí me parece que no han por desonesto entrar en los baños los onbres e las mugeres desnudos en carnes, e allí fazen muchos juegos e muchas bebidas á la manera de la tierra.* (Pérez Priego 2018: 269) Este episodio ha sido de los más comentados por su epílogo porque D. Pero no deja de contar cómo se sumó él a ese ambiente festivo: *E a sus doncellas [las de la hermana del cautivo] muchas veces me acaeció echalles dineros de plata en el suelo del agua del baño, e ellas avíanse de çabullir para sacarlos en la boca, e de aquí se puede creer qué es lo que tenían alto, quando la çabeca tenían baxa.* (Pérez Priego 2018: 270)

Debemos concluir que en los textos medievales siempre aguardan sorpresas debidas a la que Ovidio Capitani ha denominado una *mentalità del moltiplice*, subtítulo del trabajo donde advierte los errores de interpretar aquella época desde una *reductio ad unum*. (Capitani 1983)

La segunda mujer que hemos seleccionado del relato de Tafur, aparece relacionada, asimismo, con aspectos de la vida familiar. Pero, esta vez, como integrante de un grupo viajero. Ocurre que cuando Tafur sale a encontrarse con la caravana que regresa de oriente, conoce al mercader veneciano Nicolò dei Conti y señala: [...] *traía consigo su muger e dos fijos e una fija que ovo en la India. E vinía él e ellos tornados moros, que los fizieron renegar en la Meca.* (Pérez Priego 2018: 155) Más adelante, explicita que fue bajo la amenaza de ser quemados vivos. (Pérez Priego 2018: 157) Estas referencias de Tafur fueron confirmadas por el humanista y secretario apostólico

Poggio Bracciolini.<sup>19</sup> A nosotros nos interesan, en particular, por ser un testimonio de aquellos viajes que realizaban familias enteras, lo cual podía significar para las mujeres que tuvieran que dar a luz y criar a sus hijos muy lejos de casa. Asimismo, nos recuerda que los peligros de toda clase, naturalmente, amenazaban por igual a todos los miembros del grupo familiar.

En algún punto tenemos que terminar nuestro recorrido, de manera que lo interrumpiremos aquí porque el material revisado nos permite ciertas reflexiones. Hemos ido avanzando desde la antigüedad tardía hasta el otoño de la Edad Media y nos hemos detenido en los viajes de mujeres reales o de ficción, de todos los estamentos y de distintos países, así como en testimonios que ayuden a comprender circunstancias propias de sus contextos existenciales. Lo que me parece significativo subrayar es que aunque los datos –excepto en crónicas sobre mujeres de alto rango– suelen resultar exiguos, sin embargo, son suficientes para que el perfil de diferentes viajeras, en mayor o menor medida, se manifieste entre las líneas de los antiguos textos. Considero que se debe a que las acciones de ellas y las intenciones de muchos autores coincidían en hacer que sus figuras se destacaran en la construcción de los discursos, ya se refirieran a la ejemplaridad de Egeria y la embarazada anónima del milagro de Saint Michel o a las conductas escandalosas de la Balteira y la comadre de Bath o a las luces y sombras de una de las reinas más poderosas. A mi juicio, es necesario subrayar este aspecto por su carácter positivo respecto al protagonismo de las mujeres a través de muy diferentes coordenadas espacio-temporales. No es infrecuente que se resalten los aspectos negativos, a tal punto que se puede llegar a la conclusión errónea de que, durante muchos siglos, salvo en algunos casos excepcionales, las mujeres pasaron por la historia, desdibujadas, silenciosas y como menores de edad. No se trata de dejar de reconocer todos los obstáculos con que tropezaron para ir conquistando lugares en la sociedad. Pero tampoco de abonar la falsa idea de que hace poco tiempo, relativamente, que comenzaron a asumir roles activos y notorios. Además de ser un error histórico, entiendo que un presunto pasado de debilidad y sojuzgamiento permanentes puede obrar como un enorme peso de efectos nocivos, parecido al que cargaban sobre el paciente aquellas antiguas teorías psicológicas que se centraban en los aspectos negativos que había atravesado en su vida. Las nuevas teorías no insisten en lo que podría ser vivido como estigmatizante sino que ponen el foco en todas las fortalezas que impulsaron o impulsan conductas positivas. Pienso que este paralelo entre lo individual y lo social puede resultar útil.

También hay que tener en cuenta los citados conceptos de Le Goff respecto a

---

19 Bracciolini conoció a este aventurero y mercader en Florencia, en 1439, cuando llegó allí con el fin de obtener del Papa Eugenio IV el perdón por haber renegado. El humanista recogió toda la información que le proporcionó sobre su vida en tierras asiáticas y la incorporó al libro IV de su obra *Historia de varietate fortuna*. (PÉREZ PRIEGO 2018: 155, n. 320)

que el siglo XIX no fue la culminación de un proceso sino un retroceso, por la sencilla razón de que la historia no avanza en línea recta sino de manera más bien laberíntica. La mujer que borda junto a una ventana ojival esperando al caballero que avanza por el camino, es una bella estampa para libros de niños victorianos. Pero no creo que la aprobaran como representativa de sus vidas Leonor o Hildegarda o la mujer de Nicolò dei Conti o las alegres peregrinas de Baden...

El hecho es que acerca de nuestra temática, cuando se interroga a los más variados textos de la Edad Media, pueden percibirse las voces de una multitud de viajeras que durante diez siglos, por lo menos, no dejaron de desplazarse a través de las regiones más diversas, por muy distintas razones. Así, ellas rezaron, cantaron, rigieron compañías militares, predicaron, asumieron decisiones políticas, argumentaron en defensa de sus convicciones, negociaron en los mercados, recitaron historias, cuidaron a sus hijos y, también, llegaron a parirlos en los caminos. Y al principio de todo este proceso, una de ellas supo hablar a través de su *Itinerarium* y legarlo como invalorable herencia.

### Referencias bibliográficas

- ALVAR, Carlos (1985), "María Pérez, Balteira", *Archivos de Filología Aragonesa*, 36/37, 11-40.
- ALVAR, Manuel (1991), Edición, introducción y notas, ANÓNIMO, *Libro de Apolonio*, Barcelona, Planeta.
- ARCE, Agustín (1996), *Itinerario de la Virgen Egeria*, Madrid, BAC.
- BERNÁRDEZ, Francisco Luis (1952), trad. *Florilegio del Cancionero Vaticano*, versión bilingüe en galaicoportugués y castellano, Buenos Aires, Losada.
- BLECUA, Alberto (2006) ed., Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, Madrid, Cátedra.
- CAPITANI, Ovidio (1983), "Il Medioevo: una mentalità del moltiplice", *Intersezioni*, III, 21-33.
- CARRIZO RUEDA, Sofía (1989), "Textos de la clerecía y de la lírica cortesana y la cuestión de 'lo oficial' y 'lo popular'", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLIV, 27-36.
- \_\_\_\_\_ (1997), *Poética de Relato de Viajes*, Kassel, Reichenberger.
- \_\_\_\_\_ (2009), "El niño, una presencia significativa en la obra de Berceo. Descripciones, aspectos doctrinales y la cuestión de los destinatarios", *Revista de Literatura medieval*, XXI, 125-144.
- \_\_\_\_\_ (2011), "Los viajes de los niños. Peligros, mitos y espectáculos", *Revista de Literatura*, LXXIII, 145, 91-110.

- \_\_\_\_\_ (en prensa), "Retórica, imágenes y hermenéutica para una poética del discurso sobre el viaje en el siglo XVI", en BÉGUELIN-ARGIMÓN, Victoria, *Retórica y relatos de viajes a Oriente en el mundo hispánico (Edad Media y Renacimiento)*, ed., Madrid, Visor.
- CHAUCER, Geoffrey (1963), *The Canterbury Tales*, Translation into Modern English by Nevill Coghill, London, Penguin Classics.
- DUTTON, Brian (1992), "Vida de San Millán de la Cogolla", en BERCEO, Gonzalo de, *Obra completa*, URÍA, Isabel (coord.), Madrid, Espasa Calpe.
- DUTTON, Brian y GONZÁLEZ CUENCA, Joaquín (1993) eds., *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, Madrid, Visor.
- FERNÁNDEZ CALVO, Diana (2010), *Música dramática en el Seminario de San Antonio Abad de Cusco*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina.
- FRABOSCHI, Azucena (2004), *Hildegarda de Bingen: la extraordinaria vida de una mujer extraordinaria*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina-Educa.
- GARCÍA TURZA, Claudio (1992), "Los Milagros de Nuestra Señora", en BERCEO, Gonzalo de, *Obra completa*, URÍA, Isabel (coord.), Madrid, Espasa Calpe.
- GOODY, Jack (2001), *La familia europea*, Barcelona, Crítica.
- HASKINS, Charles Homer (1968), *The Renaissance of the Twelfth Century*, New York, Meridian Books.
- LE GOFF, Jacques (2008), *Una larga Edad Media*, Barcelona, Paidós.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa (1977), "Doña Angelina de Grecia", en *Estudios sobre la literatura española del siglo XV*, Madrid, Porrúa Turanzas, 339-353.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1943), *Embajada a Tamorlán*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MARCENARO, Simone (2010), "Alfonso (infante?) de Castilla y Pero (García?) de Ambroa", en FRADEJAS RUEDA, José Manuel et al., eds., *Actas del XIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, In Memoriam Alan Deyermond, Universidad de Valladolid, 1273-1282*.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1962), *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, Espasa Calpe.
- MENESTÓ, Enrico (1994), "Relazioni di Viaggi e di Ambasciatori", en CAVALLIO, Guglielmo; LEONARDI, Claudio y MENESTÓ, Enrico eds., *Lo spazio letterario del medioevo, 1. Il medioevo latino, vol. I: La produzione del testo*, Roma, Salerno editrice.
- PALLARES, María del Carmen (2006), "Grandes señoras en los siglos IX y X", en MORANT, Isa-

bel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América latina. De la prehistoria a la Edad Media*, Madrid, Cátedra, I, 423-442.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (2018), ed., TAFUR, Pero, *Andanzas y Viajes*, Madrid, Cátedra.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana (2006), "La estirpe de Leonor de Aquitania. Estrategias familiares y políticas en los siglos XII y XIII", en MORANT, Isabel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América latina. De la prehistoria a la Edad Media*, Madrid, Cátedra, I, 549-568.

WADE LABARGE, Margaret (1992), *Viajeros medievales*, Madrid, Nerea.